

Dedo corazón
José María Izarra

A José María Izarra;
a la incertidumbre.

Por no tomar distancia de quien todavía me quedaba lejano, fui a buscarlo a lo más íntimo: su poesía. Entre los versos que José María Izarra publicó en 2007, bajo el título *La risa como lamento, el amor como distancia*, encontré en el último espacio del libro donde todavía se podía sentenciar, una parte de mundo común; al dirigir la mirada a la vida decía:

*Por no ayear, le sonreímos,
y así la vida nos sonríe,
mientras está sodomizándonos.*

Al adentrarme en el ejemplar, descubrí, en lo que quería ser *un cuento* que iba a servir de introducción a ese mismo libro de poemas, un propósito: "... la necesidad de hacerlo todo más pequeño, más ligero y menos recargado". Con esta frase estaba ante otra parte de mundo que podíamos compartir.

Así me di cuenta de que iba a leer la novela de alguien capaz de advertir que todo en la vida muestra dos lados: uno amable y otro que duele; y que contar una parte de ella, para ir conociéndola, no tiene por qué ser algo complicado, sino más bien sencillo.

No iba a ser solo esto lo que me llevaría a dar una identidad a quien asomaba entre las palabras y con la que quería entenderme. Resulta que, además, le gustan las palabras mismas y se anima a enseñarlas, explicarlas en su forma y en su fondo; así, aprendemos que con "...una locución conjuntiva adversativa..." -y se refiere a la expresión "En cualquier caso..."- podemos cambiar de un tema a otro; o nos recuerda que "Al" y "Del" son "los contractos" -como la Gramática considera que son esos dos artículos-; o enriquece una expresión al comprobar cómo suena una palabra con un estilístico hiato o con el diptongo que le corresponde -y, divertido él, al hacerlo con la palabra escogida: "mier-da" versus "mi-er-da"; la vida misma. Sin subirse a un estrado académico, a la vez que investiga un crimen, nos da una lección de Gramática. Ahora bien, con sencillez.

Próxima a esta afición lingüística, topamos con los nombres de sus personajes: la incansable, comprometida y luchadora antianimalista, *Eulalia Alegre Mancha*; *Perico Calvo Cabezón*, que para

ser policía debe tener despejada la mente; *Rigoberto Feo Varón*, muy hombre, muy feo y, además, inspector; el forense, *Doctor Carnicero*; *Fortunata Amable Casquete*, la supervisora de la empresa, siempre amablemente dispuesta; o la víctima *Gervasio Alegre Tristán*, que cómo no va a acabar muerto si estaba vivo, haciendo honor a la antítesis de sus apellidos. Y podríamos fijarnos en alguno más: los contractos hermanos *Al*, por *Alipio*, y *Del*, por *Delfín*, siempre inseparables, desde la cuna; la juez que se llama *Justa del Caso Gordo*; incluso el divino *Neptuno*, cuyas reminiscencias onomásticas clásicas lo inclinan hacia la literatura.

Fueron estos pequeños detalles los que me llevaron a desenmascarar a **José María Izarra**: el escritor que se muestra en su firma y la persona que se transmuta en líneas, pausas y garabatos tecleados, pequeños, ligeros, desenmarañados. Han sido estos gestos y pormenores del negro sobre blanco los que me han animado a presentarles su novela, *Dedo corazón*, asunto que hoy nos reúne.

Esta es una novela en que la intriga, la intervención policial y judicial y el asesinato, nos sitúan en el género de la novela negra; ahora bien, no pierde de vista ciertas perlas humorísticas que relajan el argumento, ni la proximidad en la localización de los acontecimientos, a pesar del antifaz toponímico de *Dieciséis-Seize* (ciudad en la que se sitúa la trama novelesca y que hoy pisamos), para galantear con la novela realista. Esta combinación enmarca la historia en un género actual y del gusto de cualquier lector, sea cual sea su tamaño.

Tiene *Dedo corazón* un regusto amargo, mezclado con desilusión y mucha desconfianza en el ser humano, que va alimentando un clima, que poco favor le hace al título escogido, pues podríamos definirlo como “descorazonador”. La historia se construye con miradas abiertas fundamentalmente a la ciudad: sus habitantes, sus profesionales, su interés por la cultura; pero con un cristalino mordaz, a la vez amoldado al devenir desilusionante con que da cada paso adelante.

La novela se ambienta en el paisaje de múltiples desmanes urbanísticos; de ciertas instituciones, distantes de ser espejo de quienes las pagan; de dudosa credibilidad de dirigentes; de inútiles crispaciones ideológicas; botellones; dinosaurios y neonatos de las letras; perros y bicicletas invasores; y otros detalles que por no abrumar dejamos desentrañar a los que todavía no la hayan leído.

El dedo corazón es un símbolo, un macabro recuerdo de tradiciones y espectáculos muchas veces humillantes, aquellos que nos recuerdan de qué pasta estamos hechos los humanos y que sirve en la trama para entender por qué le toca morir al que es *Alegre*, además de ser *Tristán* de apellidos.

Este motivo literario se une al cuchillo y a los papelillos que, en un frasco vacío de efervescencia y buena digestión de los acontecimientos, nos va aproximando el desenlace de la novela. El combinado surrealista de los primeros descubrimientos en la investigación, aparecidos en el estómago de un oso gigante -un conejo mordido por un gato, un gato negro eviscerado, el bulterrier tuerto con un tiro en el vientre, un cerdo cuya lengua se adorna con un lazo rojo y una Barbie de Mattel con trasquilones y signos de violencia-, aportan la inevitable necesidad de justificar tal hallazgo; de esta manera se inicia un proceso, para descifrar pieza por pieza su significado y así llegar a conocer qué, quién y por qué se suceden tantos indicios criminales.

Identificado el marco espacial y conocidos los acontecimientos argumentales, podemos reconocer que la novela se sitúa en un tiempo de narración próximo a nuestros días. No hay más que fijarse en el nombre de la ciudad, Dieciséis-Seize que, además de emular el topónimo de ciudades cuyos nombres se duplican -quizás por cierto esnobismo- con un guion en medio, nos recuerda fallidos proyectos faraónicos que se resisten a quedar en un rincón cualquiera de la memoria. Es una historia de nuestros días; con buena dosis de ficción, pero de nuestros días, en la que caben Bill Gates y Google, junto a detalles *demodé*, como la loción Floïd, el otrora impecable bolígrafo Inoxcrom o la copa de Soberano, *porque es cosa de hombres*.

La narración se presenta como un continuo: Una suma de secuencias, cada una con su particular escenario y una colección de personajes, a los que Izarra perfila con breves pero significativos matices, que se desplazan desde su fisionomía a su comportamiento, aproximan al lector a un entorno adverso, un entorno que comparte con ellos y que identifica mediante ademanes, recorridos, quejas y exabruptos contra lo que se nos ha hecho, desgraciadamente, cotidiano.

Un final abrupto me hizo dudar -hasta aquí la incertidumbre- de si al ejemplar que había caído en mis manos le faltaba alguna página; sin embargo, esa apariencia todavía tiene algo más que decir: se trata de un final abierto, capaz de dar paso a otra jornada con nuevas investigaciones que lleven a desvelar los desmanes y desvaríos de cualquier personaje involutivo de los que nos rodea, que de nuevo nos haga visitar comisarías y ajardinados juzgados.

Un aroma caínita impregna el desenlace y esa amargura y desilusión de la que les hablaba unas líneas más arriba dejan un poso en quienes leemos esta novela. Menos mal que de Izarra nos va a quedar la sonrisa que sustituye al ayear -ay, ay-ay...

Muchas gracias. Buenas noches.